

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Monteils y Garcia. Mayor 24 Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24. Fuera de ella, trimestre 30.

Viernes 20 de Julio.

El Eco de Cartagena

UNA ESCURSION A MONSERRAT.

II.

A la caída de la tarde, salimos á continuar nuestras exploraciones dirigiéndonos hácia el Monasterio. Lo primero que á los pocos pasos se ofreció á nuestra vista fueron las ruinas de la primitiva iglesia bizantina, de la que todavía se conservan dos techos y pocos paredones con dos puertas de entrada de bastante buen gusto y de mucha antigüedad. Pero lo que más llamaba la atención era un lienzo de pared de piedra labrada, con pequeñas ventanas sin maderas que las cerrasen, por cuyos claros se divisaba el bello azul del cielo; al pié de esa pared, resto de otra ruina, mostrábase con gallardía parte de un elegantísimo claustro gótico de esbeltas columnas de poca altura y de arcos ogivales tan sencillos, tan airoso, tan altivo, como si quisieran desafiar en gracia y ligereza á todos los claustros góticos del mundo. Muy hermoso debía ser cuando todo el edificio á que perteneció se hallaba en pié; pero qué bien estaba, así mismo, sirviendo de frontispicio á una ruina. Contaba cuatro siglos de existencia, y se presentaba tan joven y tan arrogante como se presentaría recién acabado de construir.

En seguida se nos ofreció el grandioso monasterio, cuya fachada principal no se ha levantado todavía. Construido en la época del severo renacimiento grecorromano, en tiempo de Felipe II, parecía ser obra de algún discípulo de Juan de Herrera, el famoso arquitecto del Escorial. La fachada lateral que dá al camino tiene elevadísima altura, y desde la mitad de ella multitud de pequeñas ventanas; la fachada lateral opuesta está casi pegada á uno de los montes más pintorescos, en el que campean mas picos, ondula-

ciones y sueltos peñascos, suspendidos algunas veces de tal modo, que parecen amenazar, si llegan á desprenderse, la existencia del arrogante edificio.

Penetramos en un gran patio cuadrado, restaurado en parte, y en parte sin restaurar, con dos hileras de pilares y arcos de medio punto, como formando un claustro. A la entrada habíamos contemplado con dolor algunos restos de estatuas de mármol mutiladas, adorno de algunos sepulcros, que la saña francesa no había respetado.

Una portada de piedra severa, pero bella, daba acceso al templo grave y magestuoso. Consta de una sola nave ancha y espaciosa, de elevados techos, que conservan en parte el dorado con que los embelleciera en el siglo XVII D. Juan de Austria, el hijo natural de Felipe IV y de la célebre comedianta la Calderón. Tiene seis capillas laterales de bastante fondo, y el presbiterio se halla separado por una alta verja de cierto mérito, pero muy inferior á la que arrancaron y se llevaron los franceses. En el retablo principal y dentro de un elegante camarín con cortinas encarnadas se encuentra la Virgen de Monserrat, de moreno rostro, como el de todas las antiguas imágenes. ¡Allí estaba la que había recibido tantos privilegios, tantos homenajes, tantas joyas y tantas alhajas de Pontífices, Soberanos y Soberanas aragoneses y españoles, de Príncipes, de nobles y de plebeyos! ¡Allí estaba, pero sin joyas, sin alhajas, más no por eso adorada con menos entusiasmo por los fieros catalanes! El día de su fiesta se cuentan por millares los romeros que la visitan, y no habiendo hospedaje para tantos, comen, beben, descansan y pasan las noches en el campo al pié de los pinos aspirando el aroma de las flores silvestres, el aire puro de las montañas, y las vivas satisfacciones del entusiasmo religioso.

Habíamos descendido del camarín y entrado de nuevo en la iglesia, cuando el órgano dejó oír sus preludios dulces y sonoros, que llena-

ron con sus vibraciones los ámbitos del templo. Ibamos á oír la salve cantada por los escolares, ó sea por tiernos discípulos de la antigua escuela de canto, á cuyo frente estuvo el distinguido maestro Sr. Saldoni, y entonces el notable Sr. Oller, el cual no existe ya. Encendiéronse las luces y todos nos dispusimos á escuchar con recogimiento la patética y delicada plegaria. Aquella cariñosa salutación á la Virgen Madre, salutación, que si es muy bella en lengua castellana, lo es mucho más en latin, lengua mas concisa, expresiva y elegante, cantada por frescas voces de inocentes niños al pié de las más hermosas montañas, que parecían repercutir por fuera los ecos infantiles, conmovia profundamente nuestras almas; nuestros pechos latían con fuerza, y parecía que lágrimas de inefable placer se desprendían de nuestros párpados.

Pero ¡ay! el órgano que acompañaba aquellos cantos juveniles no era aquel órgano poderoso de más de mil voces, que existía antes de la guerra de la independencia; el retablo mayor no era tampoco el magnífico retablo regalado por el tétrico y temido Felipe II; ya no iluminaban el moreno rostro de la imagen de Maria los pálidos resplandores de más de doscientas lámparas de plata de todos tamaños. En lugar de un coro numeroso de monjes devotos, presididos por un Abad mitrado, señor feudal de tierras y lugares, asistíamos á la salve unos pocos curiosos viajeros, que al día siguiente nos alejaríamos del monasterio, quizá para no volverlo á ver.

Salimos de la iglesia y del monasterio: la fresca brisa de las montañas, el verde suave de las copas de los pinos, la fragancia de las plantas aromáticas y el claro azul de la celeste bóveda, á la que todos dirigimos agradecidas miradas, fueron calmando nuestra fuerte emoción, permitiéndonos seguir tan agradabilísimas exploraciones. Volvimos á pasar junto á las ruinas góticas y bizantinas, torcimos á

nuestra derecha por junto á las edificaciones, y nos detuvimos en una plazoleta, donde en una especie de nicho se hallaban reunidas blancas estatuas sepulcrales mutiladas. Torcimos otra vez á nuestra derecha por entre largos corredores, tomamos la ladera del monte aserrado, y continuamos subiendo hasta llegar al llamado balcon de los monjes. Ofreciéronse un estanque cuadrado artificial de regulares dimensiones, en tres de cuyos ángulos se alzaban otra tantas estatuas de monjes de piedra—la cuarta yacía en tierra—algo maltratadas por el tiempo.

¡Qué magnífico golpe de vista se presentó á nuestros ojos! Abarcábase con más precisión y más en conjunto la gran cuenca del Llobregat; desde lo más profundo de ella, pelados montecillos iban elevando el terreno, que subía, subía hasta terminar en elevadas cadenas de montañas. Acordándose de las grandes revoluciones de nuestro globo en remotísimas edades, pensaba que aquella estensa y profunda cuenca se hallaría en otro tiempo llena por las aguas del mar, y me figuraba el insondable abismo que entonces constituiría la tal cuenca. ¡Cuántas de estas, me decía á mi mismo, habrá en los mares que hoy conocemos! ¡Cuántos siglos tardarían aquellas enormes masas de agua en desalojar este terreno tan árido y accidentado, que ahora contemplamos con admiración.

Abandonamos con pena aquel sitio, que nos ofrecía tan grandioso panorama, y continuamos nuestra ascension hasta llegar á una senda tapizada de musgo situada al pié de una de las cordilleras. Por la falda de ella junto á la cual marchábamos el agua se desprendía en menudas gotas, flores silvestres engalanaban las laderas; raquíticos arbustos asomaban aquí y allá; un fresco y húmedo ambiente acariciaba nuestros animados semblantes. Tendimos la vista en derredor, y vimos, caseríos, pueblos, ciudades en lontananza por entre las sombras de la noche que se nos venía encima; por este lado los montes del Bruch; por el otro,